

LOS SIETE TARROS DE ORO



Rubén despertó sobresaltado. En sueños, un mensajero le había comunicado el final de sus pesares: esa noche recibiría una gran suma de dinero que lo convertiría en rico. Saltó de la cama y se puso a buscar, convencido de que el sueño era realidad. De pronto, ante su puerta, vio siete tarros de barro. Atento a que ningún vecino se hubiera percatado, metió en su casa los tarros, uno tras otro, y los puso

sobre la mesa. Cuando miró su contenido, no lo podía creer. Estaban llenos a rebosar de monedas, lingotes, joyas... todos objetos de un oro reluciente y purísimo... Todos menos uno: el séptimo tarro estaba sólo lleno hasta la mitad.

- ¿Cómo puede ser? –pensó sobresaltado. ¡Alguien me lo ha quitado!

Y se asomó a la puerta para comprobar que, efectivamente, nadie parecía estar despierto aún. Miró a un lado y otro, pero no había rastro alguno del oro que faltaba. Volvió a entrar al salón, miró con detenimiento los siete tarros de oro y tomó una decisión: completar el séptimo tarro para que estuviera lleno como los demás.

Escondió su tesoro. En el desayuno estaba dándole vueltas a la cabeza para calcular cómo ganar ese dinero. Su mujer se dio cuenta:

- ¡Rubén! ¿Estás bien? Pareces preocupado por algo.

- No, mujer, no. No me pasa nada.

Recogió sus cosas y salió de casa rumbo al trabajo. Abrió su joyería y empezó a mirar los anillos, pulseras, collares... Eran brillantes y coloridos, pero los imaginaba en el interior de su tarro. Así que espabiló, salió a la puerta y empezó a invitar a los transeúntes a que entraran a mirar su mercancía. Aplicó rebajas, colocó carteles, se ocupó de la compraventa de oro... Y comenzó a tener más clientes.



Al final de la jornada contó el dinero ganado, lo cambió por monedas de oro y las echó en su tarro semivacío. Entonces se puso a calcular. A ese ritmo tardaría al menos quince años en llenar lo que faltaba. Así que al día siguiente se levantó aún más temprano y se dedicó a preparar nuevas acciones. Apareció más tarde por casa y traía sus ganancias, pero aún así no llenaría el tarro antes de diez años. ¡Estaba desesperado!

Cuando al día siguiente volvió a su negocio, las joyas de los expositores eran una tentación cada vez más poderosa... Pero no, no podía caer en ella.

Durante un tiempo se esforzó en su trabajo, tanto que su mujer ya no le veía aparecer por casa; Rubén vivía sólo para ganar más oro



y poderlo meter en el tarro. Prácticamente no veía a su familia y su mujer ya no le dirigía la palabra. Sin vacaciones, sin descanso, su aspecto fue cambiando. Estaba demacrado, desaliñado, había adelgazado y su rostro estaba gris, triste. ¡Y el tarro seguía medio vacío!

Poco tiempo después, Rubén se encontró sentado en un parque, con la mirada perdida, sin saber qué hacía allí. Sin percatarse, un hombre se sentó a su lado, y se puso a mirar como Rubén. Entonces le dijo:

- Esta manera de mirar, este aspecto demacrado, este estar ausente... Todo esto me suena.

- ¿Perdone? –dijo como ido Rubén.

- ¿No estarás intentando llenar el séptimo tarro? –dijo el hombre.

Rubén se inquietó. “Este quiere robarme”, pensó.

- ¿Cómo sabe que los tengo?

- No hace falta ser muy listo si tú mismo has pasado por ese trance. Es algo que no se puede olvidar. Yo también los tuve y arruinaron mi vida. ¡Ese tarro nunca quedará lleno! Hágame caso. Abandónelos todos cuanto antes. Déjelos en cualquier lugar, huya de la maldición.

Y el hombre se fue.

Rubén se quedó solo rumiando las palabras del visitante inesperado. Pasó así toda la tarde. Ya era de noche cuando volvió a casa. Su mujer ya no le esperaba y estaba dormida. En el silencio de la noche rescató sus siete tarros de oro, los metió en una mochila y salió sigiloso. Fue junto al puente y dejó la bolsa en la orilla. Despacio, tomó el camino de vuelta a casa; el sol estaba apuntando un nuevo día... Cuando su mujer despertó, Rubén le tenía preparado el desayuno: había hecho las tortitas que le gustaban y había recogido una flor silvestre. Ella se lo agradeció con una sonrisa.

Mientras, en el puente, un hombre encontraba la mochila. La abrió, miró su contenido y la volvió a cerrar con temor... Había caído en la trampa de los siete tarros de oro.

Para profundizar

Colócate en el lugar de Rubén... Identifícate con sus sueños, su descubrimiento, su empeño en llenar el tarro vacío... ¿También tú miras el tarro medio vacío? ¿Eres consciente de a dónde te lleva esa actitud?

Haz una prueba:

- Haz una lista de las cosas que te faltan por tener y que te haría ilusión tenerlas... No te cortes; la imaginación no tiene límites... Desde las capacidades personales, hasta las cosas materiales...
- Y ahora di: QUIERO... QUIERO... QUIERO... (y añade, una a una, lo que has escrito en tu lista)
- ¿Cómo te sientes?
- Haz ahora una lista de las cosas que tienes y de las que te sientes satisfecho: de las más personales a las más materiales...
- De la misma manera di: QUIERO...
- ¿Cómo te sientes ahora? ¿Qué cambia?

¡Una lección para la vida!

